

HETEROTOPIA

Tejiendo el Pensamiento
desde el Otro Lugar

3-2000



CENTRO DE INVESTIGACIONES POPULARES

HETEROTOPIA

Tejiendo el Pensamiento desde el Otro Lugar

América ha sido pensada desde el primer momento que llegaron los españoles. De lo que sabemos, si los aztecas y los incas pensaron su realidad, no pensaron América. Los españoles, en cambio, no llegaron a una playa de una isla perdida en el Océano. Llegaron a un mundo y así lo pensaron desde el primer momento. Pero ellos **no eran de ese Mundo**.

El descubrimiento que hacen los españoles de ese mundo está marcado por esa vivencia que, ya para los griegos, está en el origen del pensamiento: el asombro. Asombrados ante esta nueva y desconcertante realidad, la piensan. Y la piensan de la única manera en que podían pensarla, esto es, desde su saber y desde sus saberes, desde la lógica intrínseca a ese saber, desde sus reglas de formación, desde su sintaxis, desde eso, en fin, que hemos llamado episteme, redefiniendo este término y dándole un sentido que lo distancia tanto de su origen griego como de su uso moderno y actual.

Se trataba de una episteme producida en su propio mundo y para su propio mundo. El mundo-de-vida de los españoles era el **topos** que fijaba las condiciones de posibilidad de esa episteme. En este sentido pensaron América **homotópicamente**. Inevitable desencuentro entre realidad y pensamiento.

Hay un momento, sin embargo, en que para algunos españoles, misioneros principalmente, esta **homotopía** entra en crisis. Bartolomé de las Casas es paradigmático al respecto. Brota en él, como un relámpago, la pregunta desconcertante y transformadora: "¿y si nosotros fuéramos indios?". La pregunta lo sitúa, epistemológicamente, en el otro terreno, en la **heterotopía**. Queda abierta la posibilidad para un pensamiento **heterotópico**.

Homotopía y heterotopía se dividen el pensamiento latinoamericano. La primera triunfante y dominante hasta nuestros días, sea ella moderna, postmoderna, mundializante o globalizante. La segunda derrotada y reprimida. El otro topos no es hoy, con importantes excepciones, el de los indios; es el de nuestro pueblo. En la otredad indios y pueblo se hermanan.

En tiempos de desconcierto en los que aún aquéllos que optaron por el pueblo —pero lo pensaron homotópicamente— vagan sin encontrar un anclaje sólido, es preciso pensar desde el topos popular, **pensar la heterotopía**, producir un pensamiento heterotópico. ¿Surgirá de la heterotopía una nueva **utopía**? La utopía del pueblo, en tal caso.

HETEROTOPIA

Tejiendo el Pensamiento
desde el Otro Lugar

3-2000

HETEROTOPIA

Tejiendo el Pensamiento desde el Otro Lugar

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 2000
AÑO VI, No. 16

REVISTA CUATRIMESTRAL
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES
POPULARES (CIP)

EDITOR

Alejandro Moreno - Centro de Investigaciones Populares

DIRECTOR:

Alexander Campos

CONSEJO DE REDACCION:

Juan Carlos Brandt, Irvis Colmenares, Yadira Varela,
Esteban Pérez, Mirla Pérez, René Pirela, Rafael Navarro,
William Rodríguez, Manuel Arza, Damarys Pacheco,
Javier Castañón, Dayselis Figuera

ADMINISTRACION:

Irvis Colmenares

DIRECCION, REDACCION

Y ADMINISTRACION:

CIP - Centro de Investigaciones Populares

Avenida Rómulo Gallegos. Centro Juvenil Don Bosco

Apartado Postal 3821 Carmelitas - Caracas 1010-A Venezuela

Teléfono: (02) 234.55.87 Fax:(02) 237.94.10

E-Mail: cip@cantv.net

ISSN: 1316-1083

Depósito Legal pp 199602DF640

DIAGRAMACION: CIP

PRECIOS DE SUBSCRIPCION 2000:

Número Suelto: Bs. 4.000

Correo Normal: Venezuela: Bs. 12.000

Extranjero: \$ 18

Por Avión: Extranjero: \$ 20

INDICE

Editorial	5
La Orientación en la División de dos Siglos	9
Alejandro Moreno	
Dos Mundos-de-vida en una Institución	19
Alejandro Moreno	
Los Límites Éticos de la Intervención	45
William Rodríguez	
El Alma Acristalada	61
Andrés Ortíz-Osés	
Análisis Crítico de una Metodología Holística Utópica	81
Miguel Martínez Miguélez	
Ese Incómodo Cristianismo	97
José Luis Vethencourt	
Reseñas	107
Resúmenes - Abstracts	115

DOCUMENTOS

ESE INCOMODO CRISTIANISMO

Cinco Documentos

José Luis Vethencourt

EL TANTEO DE LA IMAGINACION

La imaginación es tenida como “la loca de la casa”; la imaginación sólo es estimada como creadora de ficciones, o sea, de realidades ilusorias, sin consistencia, sin patencia. Algo que sólo tiene que ver con estados subjetivos individuales de segundo orden, básicamente contingente. A la imaginación sólo se le concede carta de legitimidad creadora en el arte, en la obra artística, pero como realidad ilusoria. Según esa manera de pensar, todo el agite imaginario se mueve en la irrealidad, aunque tenga bases reales o sea, aun cuando haya sido disparado por un suceso real. Pero frente a todo esto, existen los campos de la imagería mitológica, el de la imagería religiosa y el de la imagería mágica, hoy en día bastante descalificados por la seriedad objetivante y sistemática del intelecto discursivo. En occidente la Sofía presocrática fue el inicio de este proceso de descalificación de lo imaginario, continuado luego con gran vigor por casi toda la Filosofía. Sin embargo, a pesar de todo, existe una terquedad autónoma en un cierto tipo de actividad imaginativa. Pareciera que la imaginación da vueltas y más vueltas alrededor de algo, de algo oculto, de algo profundo, de algo a lo mejor terriblemente real.

La sospecha es que detrás de la terquedad de ciertas imágenes, se oculta una densa realidad profunda, más real que la misma materia cósmica. Y que si bien de una manera no absoluta, pero sí por lo menos muy general, al hombre le cuesta mucho acceder a ese centro, a ese vórtice de apabullante ser y es allí cuando surge ese tanteo jugueteón de la imaginación, como la gran mediadora entre la inconsistencia humana y aquello tremendo que es por sí mismo y desde sí mismo. También pudiéramos pensar que la imaginación, en su tanteo, mantiene una distancia prudente y salvadora, quien sabe si por cierta necesidad

que tiene el hombre de resistirse a la atracción fusionante que proviene de ese centro de definitiva realidad.

Es posible que el tanteo de la imaginación, esa danza circular de las grandes imágenes, tenga pues dos propósitos complementarios. El uno, acercarse a una realidad inexpresable y el otro mantener con ella una distancia prudente. Pero, ¿por qué esa terquedad prehistórica e histórica de las grandes imágenes repetitivas no puede tener también el mérito cognoscitivo que poseen los constantes tanteos de la inteligencia discursiva? ¿Es que acaso la inteligencia no ha titubeado hasta más no poder en su afán de descubrir el porqué, el cómo y el para qué de los entes? ¿No será acaso que la imaginación tiene entre sus manos un asunto de más monta que aquel hacia el cual se dirige la inteligencia discursiva? Y si no fuera ese el caso, ¿no pudiera ocurrir que los símbolos de la imaginación constituyen una vía mucho más directa que los conceptos de la inteligencia? Existe una actividad imaginaria aceptada como "seria" por la seriedad científica; es cuando la imagería se pone al servicio de una investigación científica. Es la imaginación como sirvienta de la ciencia. Pero desde los ámbitos de la seriedad científica y filosófica, a casi nadie se le ocurre pensar que la imaginación por sí misma pueda ser una vía de acercamiento a la develación de los fundamentos del mundo. Hay, pues, imágenes, cuya utilidad para el pensar científico nadie discute; hay imágenes propias de la fantasía individual ya sea espontánea o dirigida y por último, hay imágenes de un género muy especial, que parecen emerger por sí mismas desde una realidad oculta y radical. Al principio de los tiempos, estas grandes y repetitivas imágenes que irrumpieron con fuerza propia en el seno de la conciencia de todos los pueblos primitivos, eran tomadas por éstos como la realidad última. La filosofía occidental proviene en cierto modo de la ruptura con esta creencia ingenua en las imágenes como presencia misma de lo divino. Pero esa ruptura que descalificó a la imagen mítica, no supo o no quiso o no pudo ver que si bien el mito popular ya no podía ser considerado como el trasfondo último del acontecer -presencia real de lo sagrado fundamentante- por lo menos apuntaba en un tanteo esencial, a manera de sabiduría psíquica, hacia las profundidades sagradas del mundo, hacia lo eterno cósmico o quizás hacia lo eterno supracósmico. Venerables imágenes, que haciéndose presentes por su propia cuenta, a manera de una dulce fatalidad, parecen haber sido las forjadoras de la humanidad. Poco se repara hoy en día en la pedagogía forjadora del hombre que poseyeron esas imágenes emergentes en la oscura conciencia de un cierto

momento animal. El hombre puede ser, en cierto modo, el hijo espiritual de esas primeras apariciones del mundo radical en el seno de la materia viva, prefiguraciones en el lento descubrimiento de lo divino.

ESE INCOMODO CRISTIANISMO

Emergimos como antropoides de los sistemas cerrados y rígidos de la naturaleza orgánica para formar parte de otros: los sistemas psicosociales, los cuales no poseen la misma concreción, tangibilidad y rigidez repetitiva de los sistemas orgánicos. Merced a estos sistemas psicosociales pasamos de antropoides a hombres. Ellos serían también parte de la naturaleza psíquica. Constituirían otro ámbito de la naturaleza. Una gran parte de nuestra vida individual está de antemano programada por esos sistemas psicosociales, dentro de los cuales nos hemos formado (socialización). La diferencia radica en que nuestra individualidad no se halla completamente determinada por dichos sistemas. También ocurre, que podemos pertenecer a dos o más de ellos que se entrecruzan en cada uno de nosotros y además puede existir también dentro de los susodichos sistemas cierta contradicción. Lo psicosocial permite, por su manera no orgánica de ser, por su manera psíquica, un cierto margen para la libertad de acción y de invención del individuo. Es cierto que un individuo es en gran parte una combinación de estados sociales previos a su nacimiento, pero no sólo es eso. Puede diferenciarse de tales estados psicosociales formativos, puede objetivarlos y está capacitado para reaccionar contra ellos. Se halla en capacidad de elegir otros y contribuir a inventar nuevos sistemas psicosociales.

Si por algo se caracteriza la historia humana, es porque a lo largo de ella ha ocurrido una evolución caracterizada por el desarrollo del individuo como tal. De haber sido un ente apenas auto consciente, inmerso dentro de un proceso o sistema rígidamente formativo, pasó a ser una individualidad propiamente dicha o mejor: una persona. Este mismo proceso se repite una y otra vez en la evolución personal de cada ente humano que nace. En virtud de este proceso creador de individualidades plenamente diferenciadas, aparece un fenómeno nuevo, completamente ajeno a las sociedades animales y casi inexistente en las culturas primitivas. Ese fenómeno es la intracción entre el individuo y la magma social al cual pertenece. Interacción mutuamente cuestionadora y altamente dinámica. Si algún hecho caracteriza pues a la historia es el surgimiento progresivo de la individualidad en el seno de los sistemas sociales.

Pero conviene que retengamos que tal nacimiento como individuo o persona, con tendencia a la maximización de la libertad interior, es algo que debe volver a ocurrir en la vida personal de cada ser humano. Todo esto tiene que ver con su responsabilidad, con su deseo de ser libre y plenamente individuo, asumiendo todos los riesgos que ello trae consigo, entre los cuales el principal consiste en el egoísmo o individualismo desbocado. También ocurren con demasiada frecuencia la soberbia egolátrica y ciertas formas de la tiranía y la desesperación. Son estos algunos de los riesgos que corre el hombre en su esfuerzo por emerger de la cerrada determinación bio-psicosocial.

El sistema psicosocial es pues una formación de la naturaleza psíquica que se plasma en individuos y plasma los individuos que nacen y se socializan en su seno. Pero ocurre a menudo que en los estratos superiores de la vida social la mayor parte de los individuos no se decide a dar el paso hacia la "individuación", hacia la libertad, hacia el cuestionamiento de su sistema formativo. Algunos suelen dar pasos muy personales en realización estética o también en su formación como seres intelectuales y no darlos hacia la ruptura con las injusticias legitimadas que constituyen el meollo de su posición social. Deciden seguir la inercia de la injusticia propia de la estructura social a la cual pertenecen. Pueden sentirse moralmente tranquilos con sus conductas económicas, porque piensan que las mismas están férreamente determinadas por el ser social al cual pertenecen. Ahora bien, desde una óptica cristiana no quedan excluidos de culpa por esa fidelidad a la injusticia socialmente determinada. Porque el cristianismo exige la responsabilidad total de la persona frente a sus actos, así estos actos se hallen legalizados como una necesidad del sistema.

El cristianismo se caracteriza precisamente por la exigencia formulada al individuo para que se desinserte, para que emerja de las inercias socioeconómicas; pues la esencia del cristianismo afirma la posibilidad cierta de la libertad y por ende de la responsabilidad. El cristianismo exige máxima renuncia a los acomodos estructurales, a las inercias estructurales, sobre todo cuando tales inercias son injustas y perversas, no obstante hallarse inevitablemente legalizadas y justificadas por las leyes del sistema. Aquello que es legítimo desde el punto de vista del funcionamiento eficaz de un sistema psicosocial (por ejemplo: ciertas relaciones de explotación) puede resultar altamente condenable e injusto desde el punto de vista de la óptica de Cristo. No vale la excusa de que "así son las cosas de la economía". No vale tampoco, para liberarse de la culpa, el recurso de achacársela al sistema, su lógica parcelaria

y a sus necesidades de funcionamiento. El cristianismo en esto es implacable, pues se basa en la obligación de ser libre y en la responsabilidad total por nuestros actos.

NEGACION DEL PENSAMIENTO INDIVIDUAL

Es cierto que las palabras atan y tienden a ocultar el pensamiento. Es cierto que el lenguaje hablado o escrito tiende a írsenos de las manos. Pero allí está precisamente lo importante. Quien habla o escribe lucha, si es que tiene algo en la cabeza, por hacerse obedecer de las palabras con el fin de que le sirvan de expresión. Es completamente cierto que una palabra y todavía más una frase puedan significar múltiples cosas. ¿Qué importa eso? Precisamente en hacerse entender a pesar de la multivocidad de los términos, radica la potencia del pensamiento.

Si así fuera, si las palabras impusieran siempre su propia realidad, si las cadenas de significantes fuesen en definitiva las que constituyen la realidad, como quieren los críticos lingüistas, el resultado sería una jerga ininteligible y nadie podría traducir su pensamiento, ni siquiera quienes hablan de la impotencia de este pensamiento. Cuando alguien dice: "Las palabras crean la realidad y el pensamiento o no existe o es inexpresable", se encuentra formulando un pensamiento sobre la negación del pensamiento y se está haciendo obedecer de unos cuantos términos verbales encadenados sintácticamente. Cuando el lingüista comenta destructivamente contra toda crítica a él también puede plantearse la imposibilidad de su propio comentario crítico sobre la crítica y se le puede decir: También usted está disociando el significante del significado, también usted está diciendo absurdidades sin sentido. A menos que los lingüistas tipo Foucault, se crean iniciadores de una nueva especie ultrahumana no sujeta a este predominio absoluto de las leyes estructurales del lenguaje sobre el pensamiento. Están muy seguros ciertos intelectuales contemporáneos de que todo lo anterior de la cultura era un error, casi una tontería, un burdo engaño, hasta que aparecieron ellos. Ahora sí se va a averiguar toda la verdad sobre el hombre: ya aparecieron en Francia, Levi Strauss, Foucault, Barthes y Lacán. Debemos estar muy contentos. He aquí a los únicos y verdaderos poseedores de la verdad. Ellos sí tienen el derecho a que sus pensamientos, o sea, significados y conceptos sean expresados fielmente por sus palabra. Antes nadie tenía ese derecho.

Junto con la supeditación total del pensamiento a las reglas del lenguaje, las filosofías lingüísticas-estructurales han destruido el valor de lo subjetivo individual en beneficio de un sistema lógico objetivo que se sostiene a sí mismo sin sujeto alguno. Es obvio, sin embargo, que la negación de la interioridad subjetiva, la negación de un mínimo de autonomía individual, la negación de la persona en beneficio del sistema de los sistemas de cada momento histórico, como lo pretende Foucault (recientemente fallecido), parte de la propia interioridad de Foucault. O sea que para negar la potencia de la interioridad subjetiva, era necesaria la potencia, la interioridad subjetiva de un individuo llamado Foucault. Resulta de una absoluta seguridad lógica que si toda subjetividad no es más que un engaño, es imposible que algún sujeto hubiese podido averiguarlo. Porque no se puede estar íntegramente encerrado en una caja bien tapada y al mismo tiempo ver la caja por fuera.

Si usted escribe: "El lenguaje dice siempre algo distinto de lo que dice y funciona metafóricamente", también le debe aplicar esta limitación absoluta a lo que usted acaba de decir; por consiguiente nada de lo que usted diga para destruir el significado puede tener significado. En ese caso callémosnos para siempre. Este es el absurdo en que se meten los lingüistas cuando quieren jugar al superhombre. Lo más raro de todo esto es que estos señores, negadores de la posibilidad de que el lenguaje escrito constituya una fiel expresión del pensamiento sean precisamente tan aficionados a las ciencias de la comunicación. Ah, pero olvidaba que ellos sí están autorizados a comunicar sus pensamientos sobre la incomunicabilidad del pensamiento.

LA MUTACION

El hombre, como especie, puede estar amenazado por la mutación. Una totalmente nueva manera de ser, ya no humana, pudiera ocurrirle. No me refiero a su trascendencia espiritual en esta vida o después de la muerte. A eso no se le llama mutación. Esta se define concretamente como la pérdida de algunas características definitorias de la especie, al lado de una hipertrofia o dominio de otras, casi siempre con el cariz de una especialización más o menos rígida dirigida hacia una cierta fijación evolutiva. En lo que concierne al individuo humano, cualquier mutación entrañaría, no un incremento, sino más bien un empobrecimiento de su ser. El individuo mutante o el grupo mutante que hayan partido de un nivel propiamente humano, serían entes degradados, degenerados,

empobrecidos, subhumanos no suprahumanos. Y esto ocurriría aún en el caso de que dicha mutación implicase una enorme perfección y eficacia de la inteligencia tecnológica. Todo superhombre tecnológico que se halle desposeído de incompletud humana es un superhombre. Se puede arriesgar aquí la afirmación de que cualquier superhombre será siempre por definición un subhombre.

Al hombre lo definen, entre otras cosas, su capacidad de amar, su incompletud, su vacío de naturaleza, el rincón de la indeterminación y la posibilidad de su libertad interior. Cualquier cristalización de lo humano en el sentido de adquirir un ser definido, perfecto en su género, completo, ciego para la duda, plenamente convertido en algo pulido y absolutamente eficaz, constituiría una espantosa degeneración. Cualquier endiosamiento centrado en una combinación estable de lujuria, crueldad y poder tecnológico inteligentísimo, sería una condición subhumana. Vista desde los ojos del alma: una triste necesidad autodestructiva. Toda perpetuación técnica de un estado así, lo consideraríamos una caída en el abismo, una tragedia inenarrable, un estado infernal que se reproduciría a sí mismo sin esperanza alguna.

Una determinada fijación o cristalización de partes o aspectos de la naturaleza psíquica del hombre, como podría serlo el subconjunto constituido por la lujuria, la crueldad y la inteligencia tecnológica, reproduciéndose automáticamente, vendría a ser un infierno absoluto, una satanización cerrada sobre sí misma para siempre. De esta manera la conciencia quedaría fijada, automáticamente, esclavizada por aspectos psíquicos muy concretos y sin ninguna posibilidad de cambio espiritual.

La simple combinación de lujuria, crueldad e inteligencia ha sido muy común en la vida humana de todas las épocas. Ya sabemos que los emperadores de todos los tiempos y de todas las calañas terminaron generalmente convertidos en diocesuelos ridículos, crueles y lujuriosos (corruptio, óptima, pésima). Ese conjunto, al lado de otros parecidos, no tiene pues nada de novedoso. Pero en tanto se trate de un pecado o descarrío propiamente humano, deja intacta la incompletud humana y la posibilidad de apertura, rectificación y cambio. Lo terrible sería tratar de fijar e inmortalizar semejante alienación a base de tecnología. Eso sería la mutación. En ese milagroso mundo de la tecnología y de la ciencia sería mejor no vivir.

Piénsese en esto: el hombre es lo que es y como es, porque en virtud del misterio de la conciencia logró emerger del tino admirable de la naturaleza,

logró alzar su cabeza sobre el dominio absoluto de esos sistemas exactos, casi perfectos, automatizados, repetitivos y altamente eficientes en que consiste la naturaleza pre-humana. En el fondo podemos comprobar fácilmente que la tecnología más avanzada no agrega nada nuevo a lo ya existente en la vida puramente natural. Sólo repite aquellas precisiones que ya natura había construído por su cuenta, pues como se sabe, los átomos no han sido tenido necesidad de ir a las Universidades a estudiar física.

Cualquier abdicación del ser humano en beneficio de una combinación cerrada de impulsos sexuales, poder y eficiencia tecnológica sería una caída trágica, un volver atrás y abandonar así la esencial conquista humana. Volver a ser puro sistema o pura cosa perfecta sería una horrible tragedia. Cuestión muy diferente es la trascendencia, en virtud de la cual necesitamos permanecer imperfectos, incompletos, insatisfechos y libres.

DIONISOS FUERA DE CONTEXTO

Dionisos, llámese “dios”, o “fuerza psíquica” o “arquetipo”; la más seductora quizás entre las posibilidades de la mente humana, es avasallante y peligrosa. Dionisos representa una parte muy considerable del vivir humano, pues en la eclosión dionisiaca vivimos este mundo como otro mundo. Un trasmundo oculto sale de su latente reposo para sobreponerse sobre el mundo que consideramos real y negarlo lo transfigura, lo vuelve otro mundo. Es la embriaguez en su más alto sentido. Vivir y gozar este mundo de otra manera o vivir y gozar otro mundo en este mundo. Se trata de sentir este mismo mundo cotidiano y pesado como siendo otro mundo, palpitante, lleno de vivas respuestas, accesible, oferente y prometedor de una placentera fusión en cuyo cumplimiento descansamos de las frustraciones repetidas de nuestro yo y de eso que llamamos la áspera, limitante, severa y prosaica realidad. La embriaguez es diferente al arte, pues en éste se nos proporciona una materia trabajada, o un mundo ficticio, imaginario, claramente fantástico, con el cual gozamos de una ampliación imaginaria de la vida, pero como algo paralelo e inventado que no transforma nuestra cotidianidad. Se exceptúa la música pues ésta posee otras propiedades más englobantes, más mágicas. La música contribuye y ayuda a la embriaguez.

Pues bien, los trances, raptos, euforias y hasta ciertos estados estáticos; los arrebatos, es decir, los avasallamientos dionisiacos, los mantuvo la antigüedad

sometidos siempre a un contexto riguroso de ritos y mitos, al considerarlos como un asunto eminentemente religioso que debía ser administrado con suma prudencia. Aunque a veces se les iba de las manos. Todo lo dionisiaco está encuadrado dentro de una tradición y una técnica religiosas. Las culturas arcaicas que en la actualidad existen en la periferia de la vida civilizada, continúan manejando los trances dionisiacos, induciéndolos muy cuidadosamente con diversos procedimientos, entre los que se destacan algunas drogas obtenidas de ciertos hongos. Sacerdotes y sacerdotisas iniciados rigurosamente, dirigen estas experiencias y las dosifican con mucho tacto. Lo más poderoso de la experiencia dionisiaca parece ser la fusión con espíritus ctónicos; un estado de arrebato casi enloquecido durante el cual el adepto o el iniciado se funden con la naturaleza y experimentan la alegría de comprobar una forma especial de inmortalidad individual basada en la certidumbre del renacimiento después de la muerte. Además parece que se descubre el rostro oculto de la gran madre naturaleza y la presencia intencional de ciertas imágenes de deidades femeninas aterradoras y al mismo tiempo consoladoras. Otra experiencia capital que se produce en los llamados trances dionisiacos parece tener que ver con la reposición gozosa de la unidad de todo lo viviente, velada por la separatividad entre los entes en la vida cotidiana. Lo dionisiaco es claramente una cuestión religiosa. Quizás sea la forma más primitiva de religiosidad. Quizás sea la religiosidad primordialmente generadora de lo humano; porque no es el hombre quien inventa lo religioso, es lo religioso lo que ha inventado al hombre. Esta religiosidad dionisiaca, inducida por danzas frenéticas y a la vez generadora de mayor frenesí, es facilitada por sustancias existentes en ciertos hongos. Algunos científicos que han trabajado con estas drogas proponen llamar a los hongos que las contienen: hongos "enteogénicos" lo cual quiere decir que generas a Dios dentro. Es probable que otras técnicas rituales también controlen la aparición de sus arrebatos. Seguramente la experiencia religiosa dionisiaca tiene sus niveles de profundidad y compromiso. El cristianismo la ha visto siempre con un gran recelo, porque en la fe cristiana el asunto es otro: el ascenso hacia el Dios Trascendente a la naturaleza y en cuyo proceso ésta toma parte, solamente, mediante un difícil y lento proceso de transubstanciación y resurrección, que no es lo mismo que renacimiento. No obstante, a lo largo de la era cristiana lo dionisiaco siempre ha estado presente en formas más o menos claras, más o menos larvadas. En el mundo actual hay un renacimiento del espíritu dionisiaco, pero con modalidades espontáneas y

facilistas, fuera del marco de procedimientos rituales claramente estatuidos. En muchas formas de la música contemporánea se anuncia una cierta embriaguez dionisiaca, pero sobre todo es en la droga, en el aturdimiento de la música electrónica y en las danzas de la cultura juvenil actual, donde se hallan los elementos de una experiencia superficial pero peligrosa de tipo dionisiaco. Sin dirección ritual, sin veneración y respeto por estas fuerzas psíquicas que buscan la unidad con la naturaleza, el asunto se torna sumamente peligroso. Este panteísmo y esta mística descendente, son hoy como un camino religioso no consciente de sí mismo, que sirve de escape a la desolación espiritual de esta época. Es Dionisos fuera de contexto; una de las fuerzas pasionales rivales de Cristo en el seno de la naturaleza psíquica. Esa puede ser una fuerza muy peligrosa al no estar asistida por la sabiduría psíquica que le corresponde. Pues fuera de contexto es capaz de provocar un caos psíquico y regresiones psicóticas.

